

La investigación paciente



Este libro reúne el resultado tangible del trabajo y talento de muchos arquitectos madrileños que ha sido reconocido por sus compañeros a través del gesto simbólico de la concesión de un Premio COAM. Hace poco tuvieron oportunidad de recordar las palabras del primer director de la revista Arquitectura, Leopoldo Torres Balbás, evocando el espíritu fundacional de la publicación: *“Quiere esta revista, resumir el actual movimiento arquitectónico en nuestro país; volver la vista atrás, en busca de un pasado, en el que se fue incubando la arquitectura presente, y escoger con cariño las nuevas corrientes que en ella se produzca. Contemplar con amor la obra realizada y la que comienza; el pasado con todo su atractivo sentimental, y el porvenir, cuajado de esperanzas”* (“Palabras iniciales”, Arquitectura, mayo de 1918, p 2)

Es probablemente esta condición longeva y plural de los reconocimientos profesionales del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, el leitmotiv de la presente publicación del Premio COAM: la voluntad de ofrecer el mejor documento disponible para entender la evolución y transformaciones contemporáneas de la cultura arquitectónica madrileña.

Oficio y Talento

Todos los que conocen el largo camino –y a veces doloroso– que va desde las primeras figuraciones para un concurso o encargo hasta la obra construida, convendrán conmigo en que el simple hecho de poder reunir ahora los resultados de este esfuerzo es en sí mismo un motivo de celebración.

La proyectación arquitectónica demanda un modo peculiar de afrontar la resolución de problemas caracterizado por el desconocimiento anticipado sobre si una determinada secuencia de decisiones producirá una buena solución o no. En este contexto de *incertidumbre*, el proyecto es al mismo tiempo la solución y el método de investigación y solo es posible conocer su cualidad definitiva cuando el conjunto de la línea de razonamiento se completa.

Como ha destacado Peter Rowe, el carácter *heurístico* del proceso de diseño arquitectónico guarda estrecha relación con la noción de *situación* utilizada por el pensamiento fenomenológico. Merleau-Ponty utilizaba este concepto para indicar el compromiso con las circunstancias o la implicación activa que se establece con los problemas naturales, culturales o sociales.

El arquitecto inmerso en una *situación* determinada: un problema de diseño puede llegar a comprender sus implicaciones y superarlas de manera creativa e innovadora a partir de esta forma de conciencia. Esta tarea se realiza en forma de proceso interactivo constituido por episodios o nudos, en cuya superación ha de desplegarse una particular estrategia heurística. La orientación del conjunto de estas operaciones u opciones de diseño no es enteramente objetiva ni subjetiva, sino que participa de ambos enfoques.

Este carácter ambivalente de la proyectación arquitectónica ha sido objeto frecuente de incompreensión desde los enfoques positivistas o subjetivos. En diversos episodios de la historia reciente de la arquitectura y el urbanismo se ha pretendido reducir el ámbito de incertidumbre del proceso de diseño, modelizando las consecuencias de las decisiones de tal forma que pudiera llegar a establecerse un “one best way” taylorista. Sin embargo, en los últimos tiempos, la actitud de respuesta al vértigo que sugiere la incertidumbre proyectual se ha orientado en la dirección opuesta, como la reivindicación de la irreductible dimensión subjetiva y el carácter abierto de la arquitectura, que difuminaría las barreras entre ésta y la obra artística.

En una interesante publicación sobre los resultados del concurso para jóvenes arquitectos europeos EUROPAN, Yvette Jaggi glosaba el aprendizaje que cada uno de los proyectos había supuesto para encontrar un vínculo entre arquitectos y autoridades locales que *permitiera trascender la idea ganadora en idea “compartida”, a través de un largo y sinuoso proceso de “negociación” con la realidad*, expresado en limitaciones presupuestarias, constricciones urbanísticas e incluso dificultad de comunicación cultural con el “cliente”. El paso del manifiesto al proyecto y de este a la obra construida sería merecedor de una reflexión tan rica y sugerente como la derivada del resultado mismo de los concursos. Imagino en cada uno de los proyectos aquí reunidos una biografía semejante.

Orden significativo frente a contexto

Sabemos desde las reflexiones fundacionales de Simmel sobre la vida metropolitana que la “intensidad” constituye uno de los rasgos más esenciales de la ciudad moderna y que es la base sobre la que se sustenta su extraordinaria complejidad de relaciones sociales. La contemporaneidad postmoderna ha puesto en crisis estos fundamentos, al acelerar los flujos de circulación del capital y de la información, produciendo el efecto de “desvanecimiento” o carencia de densidad significativa tan magistralmente descritos, desde aproximaciones diversas, por Marshall Berman, Bauman o Anthony Vidler. La necesidad de responder a este nuevo contexto ha situado de nuevo, en el centro de las preocupaciones de los arquitectos y urbanistas, la cuestión de las condiciones que posibilitan una vida urbana intensa, entendiendo con Gunnar Asplund que “la intensidad urbana es una cualidad que se pierde como un fuego se extingue cuando los troncos se separan”. Es decir, depende tanto de la “densidad” en los términos más convencionales, cuanto de la interacción o “diálogo” entre las arquitecturas y las funciones que estas viabilizan. Ahora bien, a partir de esta constatación, las propuestas proyectuales aquí reunidas se diversifican: contexto o contraste; permanencia o contingencia; orden o aleatoriedad. Estos constituyen los paradigmas sintéticos de algunas de las alternativas. La arquitectura “densa” se manifiesta como aquella susceptible de oponerse a la desintegración del discurso buscando referentes de orden y composición más allá de la contingencia temporal. La arquitectura débil, por el contrario, encuentra su marco de supervivencia en un contexto de aleatoriedad y discontinuidad asumiendo una cualidad espacial discontinua, frágil y dispersa y una temporalidad provisional y evolutiva.

Pluralidad

Ha sido, a mi juicio, una cualidad relevante de la arquitectura madrileña contemporánea su opción consciente por la “densidad”, manifiesta en la simplicidad geométrica, la nítida afirmación volumétrica, el orden compositivo y la respuesta sensible e inteligente al contexto. Los proyectos aquí reunidos evidencian también una creciente apertura a un “contexto de incertidumbre”, expresando nuevos modos de hacer y pensar la arquitectura: la inteligencia colectiva, el compromiso con el medioambiente expresado en las estrategias de reducción de consumo

de energía y reciclaje urbano, la natural adopción de una mirada holística abierta a escalas complejas, o la interiorización del concepto de negociación y participación de otros actores, en especial sociales, en el interior del proceso mismo de trabajo.

Nacidos a la vida profesional en tiempo de crisis, los arquitectos más jóvenes asumen con naturalidad que el potencial del proyecto como espacio de innovación artística, como palanca de transformación social o de reconstrucción de la ciudad, es insuficiente si se limita a la evocación de iconos de contemporaneidad ajenos a la ciudad real y a las condiciones de vida de sus habitantes. En suma, superan el compromiso contextual de la “arquitectura de la ciudad”, para abarcar un más complejo y profundo “compromiso ambiental” que incorpora una nueva relación con la sociedad, la tecnología y el medio ambiente urbano.

Alternativamente, un número significativo de trabajos premiados adopta la transversalidad en los métodos y enfoques disciplinares y el trabajo en red como señas de identidad. Sin renunciar a la capacidad sintética de la arquitectura, incorporan al código genético del proyecto la complejidad y las visiones disciplinares más diversas: comunicación, artes plásticas, geografía, ciencias sociales y ambientales, energía e infraestructuras.

Norma e investigación

Me parece interesante concluir esta breve reflexión destacando el papel de la investigación proyectual, constatable en gran parte de los trabajos premiados, en la renovación y actualización de las regulaciones, tanto urbanísticas como tecnológicas. En efecto, en un contexto en el que el proyecto urbano aparece con frecuencia difuminado en la complejidad normativa, parece necesario acudir a los principios fundacionales de la legitimidad de la intervención colectiva (o regulación) sobre la construcción de la ciudad.

El urbanismo contemporáneo nació con un alma ambivalente vinculado a la defensa de la estabilidad de los valores inmobiliarios, pero también a la defensa de la calidad de vida en la ciudad, a través de la reivindicación de la salud y la necesidad de la reforma urbana. Hoy en día la regulación urbanística debiera constituir ante todo una herramienta de defensa del derecho básico a la ciudad. Es decir, el derecho a gozar, y a legar a las generaciones sucesivas, un medio ambiente “habitable” y sostenible. Aunque parezca la reivindicación de una evidencia, las normativas no se justifican a sí mismas desde el rigor reglamentista, sino desde la utilidad para garantizar la calidad habitacional, la movilidad sostenible, el acceso de los ciudadanos a los equipamientos y servicios o el equilibrio entre la disposición de una oferta de suelo suficiente para satisfacer las necesidades de la comunidad y la preservación medioambiental. Desde este punto de vista, la normativa es eficiente para regular los problemas más importantes y los más repetidos, pero no para gestionar la singularidad ni para promover la innovación.

El conjunto de los trabajos reunidos en este libro constituye un interesante laboratorio en el que diversas generaciones de arquitectos han aportado investigación e innovación, no solo en el orden de las cualidades expresivas de la arquitectura, sino también en los órdenes tipológico, constructivo, tecnológico y urbano. Debate intergeneracional, contraste cultural e innovación tecnológica constituyen las piezas claves de una saludable renovación del escenario convencional del proyecto arquitectónico, en el que este pasa a constituirse en instrumento de innovación y creatividad, superador del conservadurismo inherente siempre a las ideas urbanísticas predominantes y a la estéril rutina de la repetición burocrática de cánones obsoletos.

El brillante historial acumulado en estos años por la arquitectura madrileña es, sin duda, el mejor argumento en defensa del oficio del arquitecto. En tiempos de crisis, la arquitectura madrileña contemporánea nos enseña el valor la investigación paciente y el compromiso social, urbano y ecológico de la arquitectura como sólida alternativa profesional frente al impacto efímero de los productos de consumo.

José María Ezquiaga,
Decano.